



CULTURA

TATIANA TIBULEAC
Escritora

«En Europa del Este sabemos que la felicidad dura poco»

La autora publica ‘Cuando seas feliz, golpea tú primero’, una brutal radiografía sobre el duelo paterno y el desarraigo de la emigración

Celia Fraile Gil



Tatiana Tibuleac aterriza en Madrid para presentar ‘Cuando seas feliz, golpea tú primero’ (Impedimenta), su tercera novela tras siete años de silencio, mientras las calles de la ciudad en la que reside desde 2008, París, arden en protestas y tensión social.

Con dos hijos en el instituto, uno de los epicentros de los disturbios, la escritora moldava comprende que los franceses hayan sido educados en la defensa de sus derechos a través de la manifestación, pero, para ella, hay una línea roja: «La violencia es lo que siempre me pone en guardia. He preguntado muchas veces a los franceses por qué, para reclamar sus derechos, tienen que quemar el coche o la tienda de alguien; por qué otras personas, igual de inocentes, tienen que sufrir. La respuesta siempre ha sido que, si no, el mensaje no queda claro. Es una forma de actuar totalmente diferente a la cultura en la que fui criada, donde la propiedad privada es sagrada y no puedes exigir tus derechos pisoteando los de los demás», afirma a ABC.

De esa mirada, desconfiada y cruda, desde París pero llevando en el corazón Chisináu, nace el inquietante título de su último libro. «Ha sido interpretado y reinterpretado de muchísimas formas, y cada vez me parece algo extraordinario», detalla con una sonrisa en los labios. «Creo que la gente de Europa del Este tiene miedo de ser feliz, de mostrarse feliz en público. Hemos atravesado suficientes fenómenos históricos traumáti-

cos como para saber que la felicidad no dura a largo plazo, y nos la van a robar. De ahí el ‘golpea tú primero’: no es un llamamiento a ir pegando a la gente por la calle, sino una advertencia de que vas a ser golpeado, así que debes estar preparado».

Tibuleac sitúa ‘Cuando seas feliz, golpea tú primero’ justo al término de ‘El jardín de vidrio’, su segunda novela. En el fin de la era soviética y los primeros años de la independencia de Moldavia, a principios de los noventa. «Las ideas nacionalistas, el regreso a la lengua rumana y la independencia triunfaron. Parecía un final feliz. Pero entonces surge la pregunta: ¿qué pasó después? Después vino la mayor crisis económica, las primeras olas de emigración ilegal y los intelectuales fueron prácticamente pisoteados. Nuestros padres fueron los primeros que pagaron el precio de esa independencia».

La autora encarna esa ruptura en Mila, que emigra a París, y en su padre, un periodista bohemio que se queda solo mientras ve cómo todo por lo que luchó se derrumba a su alrededor. Demasiadas coincidencias biográficas para pasarlas por alto, y más teniendo en cuenta que el padre de la autora falleció recientemente. «Quise que la relación padre-hija fuese lo más cercana a la nuestra. Quise rodearnos de los sabores, de los olores y de las imágenes con los que hemos vivido los dos. Y revivir los lugares maravillosos de su vida, de su juventud. No sé si este libro es un homenaje hacia mi padre, pero sí es un

lugar en el que los dos nos podremos reencontrar a partir de ahora siempre. Y creo que mi padre, que creyó más en la literatura que en la vida familiar, lo va a apreciar».

En su libro, el padre de Mila encarna a las personas que lucharon por el renacimiento, por el bien de las siguientes generaciones de Moldavia. Y, en cierta manera, Mila es la continuación de esa historia. «Todo lo que quiso su padre para ella se cumple. Llega a una ciudad maravillosa, espectacular, en la que se supone que debería estar contenta. En la mente de su padre ella lo está, pero su realidad es muy diferente». Mila encarna a esa generación intermedia de migrantes ilegales de la primera ola que dejaron de ser lo que fueron para convertirse en lo que el entorno les permitió («aceptaron trabajos que en su casa nunca habrían hecho. Se convirtieron en invisibles») y que jamás han logrado encajar ni dentro ni fuera de su patria. «Son personas que se han quedado en el medio, sin pertenecer a ningún sitio», señala.

Vivir en ese limbo es sinónimo de trauma y Tibuleac lo convierte en un círculo vicioso. A sus 50 años, Mila afronta serios problemas de salud por su alcoholismo. «No es una excusa. Es una consecuencia», defiende. «Me interesó que fuera así para hablar de la marginalización de las mujeres alcohólicas en comparación con los hombres. Mila dice en el libro que cuando un hombre bebe, sigue siendo el mismo, pero que cuando es una mujer la que lo hace, queda marcada por la decadencia. Es algo que pasa mucho en Europa del Este». En su declive, Mila también es objeto de mu-

CONSECUENCIA DEL TRAUMA

«No entiendo por qué los franceses queman coches cuando protestan. Esto es impensable en Moldavia»



cha violencia. «En Moldavia fue una transición a una época en la cual hubo muchas pérdidas de trabajo y la criminalidad creció mucho. No creo que haya habido años con tantos picos de violencia desde aquel entonces», argumenta.

Guerra de Ucrania

Convertir la migración en el centro de su novela no responde solo a un ejercicio de memoria del pasado, Tibuleac también la proyecta sobre la acogida de Europa occidental hoy: «No veo Europa como países, sino como espacio. Eso para mí tiene una gran importancia. Creo en la migración que respete la cultura, la tradición y el idioma de ese país. No creo que el país tenga que adaptarse a los



Artistas y músicos de la cultura
de la ciudad de Madrid y los
procedimientos de la cultura y la

El

El

El

El

El

El

El

migrantes. Si miramos a las migra-
ciones del pasado, siempre ha habi-
do un enriquecimiento cultural. Sin
embargo, cuando las personas que
llegan traen también los problemas
de su país, ya hablamos de otro tipo
de migración. Y creo que el gran pro-
blema de Europa actualmente es sa-
ber hacer esa diferencia entre la mi-
gración correcta y la migración vio-
lenta. La extrema derecha encierra a
todos los migrantes en la misma ca-
silla y eso no es correcto».

Esa tensión cobra una urgencia
trágica con la agresión rusa a Ucrania
y el clima de amenaza constante
sobre Moldavia, una guerra que la au-
tora vive con angustia. «Mi madre re-
side aún en Chisináu y ahora cada vez
llegan más drones rusos, se escuchan
los bombardeos que hay en la fron-

tera con Ucrania y en sus calles hay
refugiados». Aunque advierte que
puede extenderse a todo el continen-
te, Tibuleac entiende que, desde Es-
paña, no se puede tener la misma sen-
sación de alarma.

El panorama se vuelve más som-
brío para su país, que no está en la
Unión Europea y no se beneficia de
la protección de la OTAN. «Mi gran
preocupación es que, además de to-
das las muertes, la guerra va a hacer
que Moldavia retroceda cincuenta
años y nos encontraremos en el pun-
to que está 'El jardín de vidrio', y per-
deremos todo aquello por lo que he-
mos luchado». De nuevo, la tregua es
frágil y la felicidad dura poco. Por eso
hay que estar preparado.